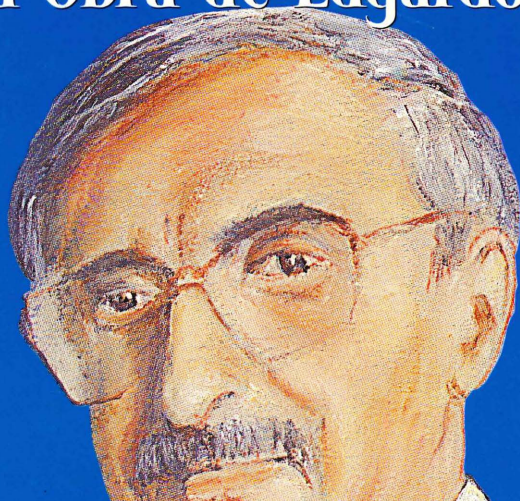


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 20



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

NOMBRE DE PAÍS: EL NOMBRE

Antonio Cornejo Polar

Me pregunto si Edgardo Rivera Martínez ha escrito *País de Jauja* o si Jauja ha escrito a Rivera Martínez. Con lo primero no digo más que una obviedad, por cierto; con lo segundo, en cambio, trato de responder a una antigua inquietud frente a lo que hasta ahora parecía ser la norma de la tersa, fina y honda narrativa de Rivera Martínez, casi siempre repartida, y a veces minuciosamente, entre textos enraizados en el mundo andino, buena parte recogidos en *Azurita* (1978) y en la primera parte de *Angel de Ocongate y otros cuentos* (1986), y otros anclados en una problemática urbana o sin territorio definido, como los que aparecen en la segunda parte del libro que acabo de citar o en *Enunciación* (1979).

En realidad, aunque el propio autor lo ha empleado varias veces, se trata de un trazo grueso que privilegia uno de los estratos de la representación narrativa e impide ver los vínculos explícitos o soterrados que enhebran, en otras dimensiones, una y otra vertiente. En cualquier caso, por encima o por debajo de esta red unificadora, quedaba en pie el distingo que parecía obedecer a las sollicitaciones que -de Garcilaso a Arguedas- urgen, conturban y desazonan, pero también enriquecen, a escritores que la vida encabalgó en dos mundos hartamente distintos y en más de un punto incompatibles. Pero sucede que *País de Jauja* ofrece otra perspectiva sobre tal asunto; perspectiva inédita porque lo que había sido conflicto irremediable o desasosegada nostalgia por una armo-

nía imposible, aquí es imbricación tensa sin duda pero -sobre todo- gozosa. No en vano en la última línea de la novela se lee: “brilla el sol y el aire es límpido, clarísimo”.

Creo que con *País de Jauja* Edgardo Rivera Martínez logra una admirable conjunción de las dos vertientes que he mencionado; de esos dos grandes ríos que parecían discurrir separados cuando en realidad -ahora lo sabemos con evidencia- forman sólo un gran torrente de creatividad. En este sentido, podría decirse que Rivera Martínez cumple la vieja recomendación de los antiguos filólogos: “todo buen análisis termina en una buena síntesis”. Ahora bien: esta síntesis deriva, se nutre y vive de Jauja; o mejor de la experiencia de su autor, como vida profunda e intensa, en una pequeña ciudad andina que con todas las paradojas del caso fue también, durante largas décadas, la aldea más cosmopolita del Perú, más incluso que Lima.

Todos sabemos que en los últimos años del siglo XIX pero sobre todo en los primeros de este siglo, hasta los años cuarenta, por las bondades de su clima Jauja se convirtió en la meta de personas de todas las latitudes que esperaban encontrar allí el remedio a la tuberculosis, uno de los grandes males de entonces. De este modo la antiquísima utopía de Jauja, como lugar de felicidad sin término, adquirió una segunda vida, ahora como espacio de salud y de esperanza, y en ella se formó una curiosa sociedad en la que aristócratas europeos, gente de la alta clase peruana y de otros países hispanoamericanos, pero también personas menos encumbradas, convivían con la gente jaujina en una suerte de Babel, pero Babel feliz, donde se intercomunicaban fluidamente experiencias, usos culturales, idiomas muy diversos. Muchas de estas personas gozaban de una cultura alta y refinada y con frecuencia no sólo la compartían con los hombres y mujeres de Jauja sino que eran capaces de comprender y valorar, a su vez, la espléndida cultura andina.

Pues bien: *País de Jauja* gira en torno al personaje central, Claudio, quien al relatar su vida adolescente está contando al mismo tiempo, la vida de esa ciudad donde se mezcla lo aldeano con lo cosmopolita, lo tradicional con lo moderno, lo nativo con lo extranjero.

Este es el contexto que hace posible que en la novela, para asombro del lector, se asocien con espontaneidad los poemas homéricos, el canto gregoriano, la alta cultura europea con los viejos mitos andinos, con las canciones quechuas y las antiguas costumbres de Jauja, como también el español cultivado hasta el purismo con las variantes del español andino, con una vasta gama de referencia al latín, al quechua y varias lenguas modernas. Insisto en que sin la experiencia de Jauja, que por eso asume una función casi autorial, esta imbricación múltiple hubiera sido imposible, como también lo hubiera sido el sentido de plenitud, goce y autenticidad que emana de la novela.

En el fondo, en efecto, *País de Jauja* puede leerse como una admirable alegoría de la transculturación feliz, enriquecedora, gracias a la cual hasta la ominosa presencia de la muerte puede ser vencida. La fuerza que sostiene esta perspectiva proviene de la solidaria fraternidad que enlaza a personajes decisivamente diversos (algunos de los cuales pasarán a formar parte de la galería de grandes personajes de la narrativa peruana) y del modo cómo esa dimensión humana se trasmuta en un arte que rompe fronteras para dialogar sin pausa con códigos estéticos de varia procedencia. Bastaría al respecto advertir la insistencia con que en la novela la música de occidente convive armoniosamente con la música andina, como los mitos clásicos con los indígenas. La escena final en la que el personaje interpreta en el órgano mayor de la iglesia de Jauja un antiguo himno andino, luego de haber tocado grandes piezas de la liturgia católica, en una ceremonia fúnebre, sintetiza incisivamente este sentido: de alguna manera la muerte es trascendida por la belleza de una armonía que tanto enlaza tradiciones artísticas diversas cuanto integra la experiencia de cada quien en un infinito pulso vital que afirma la unánime dignidad de la existencia.

En un momento en que la ignominia y la violencia degradan la vida del país, es estremecedoramente insólito que se preserve el vigor necesario para cantar a la vida con un himno solidario capaz de mirar el futuro. Obviamente no es éste el único valor de la novela de Edgardo Rivera Martínez, pero sí -y mucho- su esperanzador mensaje. Novela consistentemente lírica, por su temple; trágica por más de una de las

historias que cuenta; divertida por las ironías que matizan su densidad, *País de Jauja* es, sin la menor duda, una obra mayor de la narrativa peruana. Su insólito optimismo es también, por decir lo menos, saludable.

[Sí, Lima, 5 de julio de 1993]